2,

LA CLASE OBRERA

Y LA

INSTRUCCION POPULAR.

POR

Augusto Jeréz Perchét.

MÁLAGA.

Imp. del Correo de Andalucia.

1876.

Á LA HONRADA CLASE OBRERA

DE MÁLAGA,

dedica estas páginas,

EL AUTOR.

I. (*)

Cuando siquiera á grandes rasgos establecemos una comparacion entre el estado de la instruccion popular de ayer y la de hoy, sentimos ìntimo placer y legítimo orgullo, puesto que, aun dada la existencia (por lo que se refiere á España) de un profundo vacio, hemos adelantado y nos encontramos en condiciones más favorables que las que nos servian de distintivo en época pasada.

(*) Estos artículos habian sido escritos solo para que viesen la luz en el *Correo de Andalucia*; pero cediendo á las reiteradas instancias de diversas personas, los he reunido en forma de folleto. Ciertamente no merecian la predileccion de que son objeto, mas por mi parte pecaria de ingrato si, aun protestando del desaliño de estas páginas, disculpable solo en el artículo editorial de un periódico diario, no complaciera á los buenos amigos que me suplicaban las diese al público segun hoy lo hago.

Y sin embargo, es indudable que nuestro pais no ha alcanzado la suma cuantiosa de beneficios que hoy son el orgullo de Bélgica, de Suiza, de Alemania; de esas naciones donde con dificultad se encuentra un ciuda - dano que no sepa leer ni escribir; donde la posesion de estudios científicos que en Espa - ña constituyen el patrimonio de determina das personas, està al alcance de todas las for- tunas y de todas las clases.

Y esto que en general lamentamos, apro pósito de nuestro pais, tiene inmediata aplicacion á Málaga, que no es ciertamente uno de esos pueblos en que las luces de la instruccion brillan espléndidas abarcando la inmensa mayoría de nuestros conciudada - nos.

¡Cuántas veces hemos formulado en el Correo de Andalucía nuestras quejas y he mos espresado nuestro pesar por que no todos los hombres poseen aquí la riqueza de una instruccion siquiera elemental!

Recordamos haber levantado la voz en defensa de la enseñanza; recordamos haber

puesto de relieve toda la importancia del asunto; pero nuestros buenos propósitos apenas han obtenido un resultado práctico y satisfactorio.

Nosotros querríamos que los hijos todos de Málaga fuesen instruidos; y acaso entonces, una vez conseguido ese ideal, veriamos modificadas ciertas costumbres, ciertos hábitos, pues que la instruccion todo lo transforma provechosamente y crea mundos, por decirlo así, al influjo poderoso del *libro*, de esa hada mágica, realizadora de los mayores prodigios.

Un pueblo honrado, activo, trabajador, inteligente como el nuestro, no debe en manera alguna, ofrecer la proporcion lastimosa que ofrece, cuando se examina el número de individuos que tienen rudimentales conocimientos y el de los que no saben leer ni escribir.

Esto es doloroso y si en una localidad de poca significacion puede disculparse, no sucede así en Málaga, dada su importancia, su situacion topogràfica y el trato contínuo de

todas las clases sociales con gentes del mundo entero que visitan nuestra plaza, merced á su bahía.

Los pueblos costeños gozan de una imaginacion viva y múltiples favorables requisitos para cultivar con fruto la inteligencia. ¿Por qué nuestros paisanos, esto es, aquellos que carecen de instruccion no la conquistan, áun á costa de los mayores sacrificios?

En la época contemporánea que nos es permitido alcanzar; cuando reinan en España las doctrinas liberales que todos conocemos; cuando la forma constitucional del Gobierno hace que las clases todas estén en relaciones íntimas, inmediatas, con ese mismo Gobierno y que tomen una parte activa en los asuntos públicos; cuando esto acontece, es una sensible falta que haya multitud de individuos para quienes no tienen significacion inmediata los acontecimientos que se desenvuelven á su alrededor. Y decimos que no tienen *significacion inmediata,* por que la carencia de instruccion los obliga á recurrir á otras personas para tener noticia de los

hechos políticos, de los adelantos, de los inventos y de cuantos actos se operan en el universo.

El periódico, ese elemento civilizador por escelencia; ese amigo del hombre que tanto penetra en los palacios y en las esferas oficiales como en la morada humilde y en los talleres; que recorre las vias públicas y lleva hasta los mas apartados ámbitos de las localidades los acontecimientos del mundo; el periódico, repetimos, debia bastar por sí solo para revelar la absoluta necesidad de que se instruyan las clases populares.

Y si del periódico pasamos al libro y del libro al teatro y en fin, á cuanto supone un alarde civilizador, una faz del progreso, encontraremos fácilmente, pues el asunto es uno de tantos axiomas al alcànce de todas las inteligencias, la precision de que la ignorancia desaparezca; de que todos lean y escriban; de que el *verbo* se difunda.

Un distinguido francés, el dactor Melier ha dicho: «*La instruccion popular no influye menos en la salud pública que en la*

«industria y la riqueza de las naciones,» y para confirmar la esactitud de sus apreciaciones, observa que la mortalidad es mayor en los departamentos poco instruidos que en aquellos donde la enseñanza está mas difundida. ¡Providencial ejemplo! ¡Especie de castigo y de premio respectivamente para los pueblos ignorantes y para los que se consagran al cultivo de la inteligencia!

Si se formase una estadística minuciosa y esacta de las pérdidas que esperimenta la agricultura española por la falta de una instruccion generalizada, tendríamos sobrados motivos para lamentar que la enseñanza elemental de nuestro pueblo sea tan imperfecta, hasta el punto de no contar siquiera breves nociones agrícolas. Cuando esto sucede, natural encontramos que mientras otros paises adelantan en cuanto se refiere al cultivo de los campos, el nuestro se afere á sus antiguas prácticas y permanezca estacionario un dia y otro y siempre.

El hombre, falto de instruccion, está sujeto al imperio del instinto, sin que su libre

albedrio, completamente desarrollado, se traduzca en los actos de su vida. Es un sér imperfecto, que arrastra una existencia miserable; que no puede entrar en la comunion de los hombres ilustrados y que ve levantarse entre estos y su individualidad una barrera terrible; la instruccion.

Suprimid, suprimamos esa barrera. Hé aquí la grande obra que exije la conciencia, que exije el deber, que exije el amor á nuestros semejantes.

II.

Se percibe en la humanidad una flaqueza que supone á la vez amor propio escesixo y lamentable olvido de la exactitud.

Dicen con demasiada frecuencia muchos ancianos:—La época mia era mejor que la presente.—Y sin embargo, aunque los pesimistas de hoy sostengan lo contrario, es indudable que hemos adelantado y que, Dios mediante, adelantaremos en el transcurso de los años.

No nos referimos aquí, por lo que toca al adelanto en cuestion, á los grandes inventos, á las trascendentales conquistas de la ciencia: nos referimos esclusivamente á la instruccion popular, objeto de estas líneas; y

para comprender la esactitud de nuestras aseveraciones basta solo un ligero exámen de la sociedad de antes y de la de ahora.

Hace cuarente años la enseñanza se encontraba reducida á un número escaso de individuos y poco á poco (al menos en España con sensible lentitud) hemos visto que las aficiones al estudio adquirian algunas proporciones y se desarrollaban entre las clases populares.

La obra no está completa ni mucho menos; pero existe una base y en cambio ha desaparecido la preocupacion de antaño que estimaba como un peligro difundir las luces de la instruccion.

Hay un vacío formidable en nuestro país, mas al propio tiempo nadie se opone á que la enseñanza florezca, á que el libro penetre en el taller, en la fábrica, en la aldea, en la choza, en todas partes; y si muchos apenas se dignan consagrar sus ócios al cultivo de la inteligencia, otros discurren de distinto modo y renuncian á los placeres por conquis tar lo más admirable; lo que mencionamos

en nuestro anterior artículo, el *verbo*; por descifrar el misterio de la escritura; por ser hombres, en la noble acepcion de la palabra.

El que estos renglones escribe, fué hace algunos años catedrático en la Escuela de Adultos formada por el Liceo de una importante capital de provincia y pudo convencerse prácticamente de que si existe indiferencia para aprender, no es indiferencia absoluta, imposible de ser combatida.

En aquella clase, el corazon se ensanchaba y el ánimo bendecia la hermosura de la civilizacion y del pregreso. Mas de sesenta honrados trabajadores, algunos casi ancianos, acudían atentos á escuchar nuestras esplicaciones; y al ver tan dulce espectáculo, considerábamos lo mucho bueno que podria realizarse, si en todas las capitales se hubiera seguido el ejemplo de aquella ciudad; y como siempre aun en nuestras ausencias de Málaga nos han ligado á este hermoso pedazo de tierra estrechos lazos, se trasladaba aquí nuestro pensamiento y soñábamos con

el dia en que las clases populares de Málaga acudiesen presurosas á iniciarse en los secretos de la instruccion.

Conviene, presentada la cuestion en este punto, hacer un paréntesis.

Hay personas que niegan la utilidad de la enseñanza para el pueblo, lo cual es uno de tantos absurdos fáciles de destruir.

La inteligencia es una para todos los hombres, y todos ellos son susceptibles de recibir la instruccion por que á todos puede ser y es, en estremo útil y necesaria.

Véase la historia y ella responderà á tan injusta observacion. Lincoln, humilde leñador, fué el libertador del gran pueblo Norteamericano. Franklin, modesto impresor, ha inventado el para-rayo y la ciencia le debe además otros beneficios. Cristóbal Colon era hijo de un cardador de lana y si quisiéramos citar mas ejemplos, veriamos que la enseñanza no es, ni puede, ni debe ser, patrimonio de una clase, sino inefable bien al alcance de la humanidad entera.

En otro órden de ideas, encontramos un

sublime ejemplo de la grandeza de la enseñanza en sus manifestaciones populares. Jesucristo, el Divino Maestro, habia elegido doce pescadores para que difundiesen á través de los mundos su fraternal doctrina.

Y sin embargo, ni el ejemplo ni el propio convencimiento de la importancia de aprender, son móviles suficientes para avivar en los individuos que nada saben, el sentimiento de romper las sombras de la ignorancia. Es decir; que se proclama la libertad, que se rechaza en nuestra época toda idea que pueda trascender á esclavitud, y no obstante, hay hombres que son esclavos; esclavos de la ignorancia.

Veremos en el siguiente artículo la manera de modificar el que hemos llamado *vacío*, que observamos en nuestro pueblo.

III.

En el empeño con que algunos enemigos de la instruccion popular buscan razones para sostener su tésis, dicen que el obrero despues del trabajo mecánico de todo el dia no puede consagrar las horas de descanso ó parte de ellas, á un nuevo trabajo; pero esto no pasa de una suposicion gratuita, pues fácilmente se comprende que no existiendo identidad entre ambas ocupaciones, ó sea entre la del dia y la enseñanza intelectual á que nos referimos, tampoco existe el aumento de fatiga que se teme; y tanto es así que muchos hombres, para quienes el estudio es un placer, buscan soláz y descanso á las fatigas corporeas, consagrando algunas

horas de la noche á aprender en los libros.

Tambien se dice que la instruccion es una especie de estimulante del amor propio y que hace en su virtud nacer aspiraciones exageradas. Nosotros discurrimos de otra manera; nosotros creemos que el primer supuesto escollo tendria una *sombra de fundamento* (y no otra cosa) en el caso de circunscribir la enseñanza á un reducido número de individuos privilegiados, dentro de la clase obrera; y esto, aceptando la estraña idea de que fuesen bastante vanidosos para hacer alarde de sus conocimientos, en paralelo con sus compañeros; y por lo que toca al temor de que engendra aspiraciones exageradas, solo podríamos aceptar la esactitud de esta opinion, cuando se tratase de difundir la enseñanza de un modo caprichoso; pero si se aprende ordenadamente; si se consagran al estudio las facultades en términos racionales, el escollo no surgirá ante la vista; y el buen obrero instruido, ni tendrá fantasìas locas ni torcerá por el hecho de saber, sus escelentes inclinaciones. Todo se re-

duce á ofrecerle los conocimientos necesarios para la práctica de su trabajo; los que le permitan perfeccionar este y en consecuencia elevarlo poco á poco.

¡Qué diferencia si del espectáculo de una instruccion limitada, cual la de nuestro pueblo, pasamos al de Alemania, Bélgica, Inglaterra y Suiza!

Y sin embargo, gracias à las instituciones modernas y á los sagrados principios de equidad y de justicia reconocidos y practicados en las naciones cultas, el obrero español se encuentra en condiciones de aspirar noblemente á todas las carreras; mas para ello hace falta el estudio. Hé aquí el problema.

Pero aunque algunos ó muchos obreros no piensen en adoptar una carrera científica ó literaria, el estudio en sí representa una necesidad puesto que encierra un fondo moralizador en alto grado; y este distintivo es bastante para hacer su elogio y recomendar lo que pudiéramos llamar *la conquista del libro.*

La instruccion, en todas sus manifestaciones, se encuentra hoy al alcance del obrero: y es que las ciencias y las artes, por una de tantas consecuencias del progreso se han vulgarizado, desde el libro que circula de mano en mano, vendido á módico precio, hasta el estudio mas profundo, difundido en las escuelas y en las conferencias gratuitas.

Tenemos, pues, los más fáciles elementos para triunfar de la ignorancia y los tenemos sin sacrificios. En España hay algo de esto: no todo, es verdad; pero algo al fin. Tenemos bibliotecas populares y con un paso más en el buen camino civilizador, veremos implantadas en nuestro pais las conferencias populares que tanto sirven y tanto pueden.

El siglo XIX no debe desmentir su título de siglo de la *luz*. España ve las llamaradas de la ciencia y del arte y de la industria universal. El telégrafo, el periódico, el libro, nos hablan de las maravillas contemporáneas; de la ruptura del istmo de Suez; del colosal ferro carril americano; de la perforacion del Mont-Cenis y el San Gotardo; de las Expo

siciones de Lóndres, Paris, Viena y Filadelfia; de los viajes árticos y de tanta y tanta obra titánica que nuestra generacion viril ofrece á la contemplacion de los siglos futuros.

Vosotros los apóstoles del progreso hablais de la democrácia, de la fraternidad; y yo os pregunto ¿qué significan esos nombres sin una instruccion que eleve todos los hombres y les permita vislumbrar y bendecir el mundo adorable y mágico de lo infinito, de lo ideal; el mundo de la inteligencia educada y apta para comprender? El asunto que tratamos tiene ahora un interés de actualidad, gracias á la actitud del Gobierno que ha reconocido, recientemente, la conveniencia de la enseñanza obligatoria.

Esperamos que el porvenir de las clases populares de España ha de modificarse en el sentido del progreso; y tan fundada es nuestra creencia, cuanto que no olvidamos lo mucho que en obsequio de la instruccion pública trabaja el actual ministro de Fomento, el ilustre conde de Toreno, quien dotado de

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cantares.	(Edicion agotada.)
Poco y malo.	(Segunda edicion agotada.)
El libro del alma. . . .	(Tercera id. id.)
Artículos económicos. .	(Segunda id. id.)
A caza de inglesas. . .	(Id. id. id.)
La paz universal. . .	(Agotada.)
El Mediterráneo. . . .	(Id.)
Cuentos y novelas. . .	(Segunda id.)
Proverbios bíblicos. . .	(Agotada.)
Impresiones de viaje. .	(Tercera edicion.)
Débora.	(Drama en un acto.)
El tributo de sangre. .	(Id. id.)
Las dos rubias.	(Juguete id.)